

De espiritual devaneo;
 Llama de febril deseo;
 Ave en el árbol, que el río
 Copia en su cristal bravío
 Querellándose de amor,
 Madreselva cuya flor
 Por galan tiene al rocío.

Noche de las estrelladás
 Noches en que los rosalés
 Forman los lechos nupciales
 De los silfos y las hadas;
 Raudal que en despedazadas
 Hebras de cristal undoso
 Errante baja, impetuoso
 De los empinados riscos
 Y entre los verdes lentiscos
 Va rodando rumoroso.

Queden tus negros cabellos
 Ciñendo tu faz morena,
 Y el negro ángel de la pena
 Quede aprisionado entre ellos;
 El rizo de los más bellos
 Que fueron nieve de estío,
 Guardo yo en el pecho mío
 Viendo tus congojas grandes;
 Hay siempre nieve en los Andes
 Y espuma en el mar bravío.

Bencomo (Diego)

¡SOLEDAD!

Imposible olvidar quien ha sentido
 Lleno de amor el infinito en su alma:
 Pues si lloramos nuestro bien perdido,
 Sólo bajo el sudario está la calma,
 Sólo bajo el ciprés está el olvido.

C. A. SALAVERRY.

Partiste al fin, mi amada,
 Partiste y me dejaste
 Tristísimos recuerdos,
 Recuerdos de tu amor:
 Del mundo y sus placeres
 Mentidos te alejaste,
 Y al cielo regresaste,
 Cubriendo en tu partida
 De luto el corazón.

Tú vives en mi mente
 Con todos tus encantos,
 Aún miro en mis ensueños
 Tu risa angelical;
 Y ahogando mis gemidos
 Modulo tiernos cantos,
 Que en himnos sacrosantos
 Por tí, vibrando suben,
 Al trono de Jehová.

Aquí, dentro del pecho,
 Tu nombre bendecido
 La parca destructora
 Grabó con un buril,
 Por eso nunca puede
 Caber eterno olvido
 En pecho que está herido,
 En pecho que constante
 Latiendo está por tí.

Las alas impalpables
 De tu alma, virgen pura,
 Acaso en este instante
 Mi sien rozando están;
 Pues siento como que alguien,
 Gimiendo en su amargura,
 Con lánguida ternura
 Se allega á mis oídos
 Tu nombre á murmurar

Los séres que en el mundo
 Profesan con anhelo

Del noble sentimiento
 La angusta religion,
 Llorando viven siempre,
 Llorando sin consuelo,
 Y al fin de tanto duelo
 Recojen como fruto
 La espina del dolor.

Aquí dentro el cerebro
 Siento algo como espejo
 Que brilla y que retrata
 Tu rostro encantador.....
 Y canto mis pesares,
 Y canto ¡ay! y me quejo,
 Y en cada estrofa dejo
 La sangre que destila
 Mi herido corazón.

La alegre primavera
 Devuelve al místico prado
 Las flores que el invierno
 Robó sin piedad,
 Empero, las que aleve
 La muerte me ha robado,
 Que en mi alma he cultivado,
 Murieron para siempre....
 No volverán jamás.

Cosmes (Francisco)

EL POETA

¡Oh! Dejadlo pasar! No necesita
De vuestra vida el mentiroso halago:
La multitud su corazón agita
Como los vientos el cristal del lago.

Allá va entre la turba solitario
Sin encontrar á su dolor abrigo,
¡Él, que en su mente como en un santuario,
Un cielo lleva sin cesar consigo!

Hijo de Dios, la potestad que crea
En vez le dió de vanidosos nombres;
Que Dios formó al poeta de la idea,
Mientras de barro modeló á los hombres.

El mundo, contemplándole altanero,
Le denomina con desprecio *loco*...
; Cuando al soñar, el universo entero
Para ocupar su pensamiento es poco!

Y él necesita compasion: su alma
Al soplo sólo del dolor se abate,
Como se inclina la gallarda palma
Cuando el *simun* ardiente la combate.

Su corazon, cual tierna sensitiva,
Marchito está por el menor tormento;
Cada impresion su padecer aviva,
Y es una espina cada pensamiento.

Mas tambien ; admirad! cuando se elevan
Del suelo vuestras moles colosales,
Cuando el esfuerzo y la paciencia llevan
Hasta el cielo á los miseros mortales:

Cuando, presa de penas y amargura,
De la impotencia os debatis debajo,
Y gastais por llegar hasta la altura
Mares de llanto y siglos de trabajo.

Él, por el mundo sin piedad proscrito,
No cual vosotros el afan emplea:
Para lanzarse audaz al infinito,
; Le basta solo concebir la idea!

EN EL CUARTO CENTENARIO DE MIGUEL ÁNGEL

Vástago de esa raza de inmortales
Que el cielo osaron escalar un dia,
Hacinando en sus ódios colosales
Ossa y Pelion para la lucha impía;
En la existencia humana apareciste
Cuando el mundo cristiano agonizaba:
La antorcha de la fé se iba apagando;
El peso abrumador del fanatismo,
Cual campana neumática la ahogaba;
La conciencia dormia:
En las siniestras llamas del abismo
La Iglesia sus hogueras encendia,
Y el hombre presintiendo un cataclismo
No pensaba, no más se estremecia.

Llegaste; mas ¿de dónde? ¿Pudo acaso
Algun mortal, decir en qué otro mundo
Imprimiste la huella de tu paso?
No era el país donde su altiva frente
Alza en un cielo de turquí el Parnaso;
El tibio rayo de la luz de Oriente

Que el verde acanto de Corinto dora,
Jamás en su fulgor resplandeciente
Alumbró tu cabeza pensadora:
Ni el mar de Jonia que gentil murmura
Y con nombres poéticos resuena,
Te vió pasar sobre su linfa pura
A extasiarte sediento de hermosura
En la belleza plástica de Elena.

Si de un mundo viniste,
Fué de un mundo poblado por titanes,
Allí, donde frenéticos excitan
Siniestros ódios vengativos manes,
Dónde el suplicio y el terror habitan,
Y entre ruinas, maldicion y estrago,
De Dios las iras sin piedad se agitan.

Tú eras de esa pléyade sublime
Que de improvviso apareció en un cielo
Cubierto de tinieblas y de muerte,
Á arrebatarse en su gigante vuelo
La humanidad inerte:
Inmigracion de génios soberanos,
Que, á fin de merecer desde su altura
Subir á darte el título de hermanos,
Tuvieron que anunciarse á la existencia:
Colon, de un mundo recorriendo el velo,
Lutero, abriendo un cielo á la conciencia.

Al mundo ya venías
Doblegado del génio bajo el peso;
El recuerdo de inmensas agonías

Aún quedaba en tu semblante impreso:
Tú mismo en tu poder te estremecías,
Cuando al cumplir las órdenes fatales,
Consultando tu fuerza, te sentías
Nuncio de las venganzas celestiales.

Nunca á tu vuelo conoció barrera
Tu inspiracion gigante:
Tus alas de condor iban unidas
Á la fuerza de Atlante.
Nuestro pequeño y miserable suelo
Parecer ha debido muy mezquino
Á tu aliento fecundo:
¡Necesitabas para lienzo un cielo,
Y por materia que esculpir, un mundo!

¿Dónde sacaste fuerzas, dónde aliento?
¿Cómo parar el ímpetu violento
Conseguiste del tiempo, que en un día
Sin ayuda, acabaste creaciones
Que el trabajo de tres generaciones
Para iniciar, apenas bastaria?
De los siglos la cuna y el sepulcro
Abarcó tu pincel. ¿Quién no se siente
Henchido el pecho de terror, mirando
La suerte, en la Sixtina, de esta raza
Que el campo de la vida va cruzando
¡Ay! gigantesca al paso que impotente?
La vil materia con tus manos tocas,
Y, en el fuego encendidas de tu idea,
Sublime Anfion, haces hablar las rocas;
Todo el mundo abarcaste con tus brazos;

En obras en que el génio centellea
Al mármol tu calor comunicaste...
; Y al mismo tiempo, con pujante brío,
De *San Pedro* la cúpula lanzaste,
Cual globo de granito en el vacío!

Llevabas en tu pecho el anatema
Del nostálgico mal del infinito;
Tus obras eran la expresion suprema
Del angustioso grito
Del génio en la prision. Necesitabas
Otro idioma, otras formas, otros hombres,
Otro Dios que tu mente interpretara:
Como Moisés, en medio del desierto,
Hablarle y contemplarle cara á cara!
Tu alma estaba sedienta de lo inmenso:
Te importaba muy poco
Que el mundo adorador ó indiferente
Palmas te diera ó te llamara loco;
Para el mundo tenias
El arma del desprecio omnipotente.
Y admirado, temido, incomprensible,
Sin inclinarle nunca bajo el yugo,
Ibas, como el poeta del *Infierno*
; Grande como lo eterno!
; Solo como el verdugo!

Y así cumpliste tu mision sombría,
Pobre, sin amistad y sin amores...
; Sin amores? Oh no! Dos deshojaron
Sobre tu mústia frente algunas flores:
Puros y grandes como tú brotaron...

Mas ; ah! la dulce Libertad moría
Por más que entre la niebla del combate
Tu mano á protegerla se extendía:
Y cuando, de tu lecho se alejaba,
Llanto vertiendo el ángel de la gloria,
Huérfano de tu altivo pensamiento
; Ay! te faltaba en tu postrer aliento
El beso del amor de tu *victoria!*

Cuatro siglos pasaron
Desde el dia glorioso
En que marcaste el mundo con tu huella,
Y del arte en el cielo, todavía
Tu nombre augusto sin rival destella.
El hombre todavía se extremece
Delante de tus obras inmortales,
Á medida que el tiempo ráudo vuela,
Tu titánica forma, crece, crece!..

Nosotros tus sectarios, los que vimos
El infinito abrirse ante lo excelso
De tus apocalípticas creaciones;
Los que tu nombre al escuchar, sentimos
De entusiasmo latir los corazones;
Reunidos hoy á tributar venimos
En el templo del arte, el santo culto
De admiracion y de respeto al génio.
Benigno acoje nuestra ofrenda humilde
Desde el cielo inmortal de tu grandeza.
; Sosténnos en la lucha! Errantes vamos
En un mundo de ódio y de impureza.
En esta vida, como tú, miramos

Sumergirse nuestra alma en la amargura,
 Y desmayar nuestro tenaz empeño...
 ¡A nosotros tambien es grato el sueño
 Mientras el mal y la vergüenza dura!

1875

Carpio (Manuel)

CENA DE BALTASAR

Era la noche, y la redonda luna,
 Desde la inmensa bóveda del cielo,
 Alumbraba los sáuces del Eufrates
 Y á la gran Babilonia en sus festines,
 Fortalezas, alcázares, jardines
 Y los templos magníficos de Belo.
 El intrépido ejército de Ciro
 Está sobre las armas impaciente
 Por tomar la ciudad; la infantería
 Se conmueve y agita sordamente,
 Cual negra tempestad que allá á lo léjos
 Brama y rebrama en la montaña umbría.
 Ya se aprestan de Persia los ginetes,
 Sus fuertes armaduras centellean,
 Y encima de los cóncavos almetes
 Altos plumajes con el aire ondean.

Ya se escucha el crugir de los broqueles,
 De la trompeta el bélico sonido,
 Y el bufar de los férvidos corceles,
 Y la grito de jóvenes bizarros,
 Y del sonante látigo el chasquido,
 Y el rodar de las ruedas de los carros.
 Ya los caballos con su blanca espuma
 Humedecen sus pechos espaciosos;
 Al ruido de las armas se recrean,
 Y el duro suelo escarban y golpean,
 Y están inquietos por salvar los fosos.
 Sus cascos hollarán en Babilonia
 Las estatuas de dioses incensados,
 Hollarán á los nobles y soldados,
 Y yelmos y viseras y corazas,
 Y en gran tropel levantarán el polvo
 De las soberbias y desiertas plazas.
 Del palacio en los patios á cuchillo
 Con su rey morirán tantos vasallos,
 Que en esta noche la caliente sangre
 A los frenos dará de los caballos.

Mientras que Ciro con ardor se apresta
 A dar por fin el formidable asalto,
 La ciudad, cual ramera deshonestas,
 Entrégase al placer sin sobresalto,
 Y á regocijos que el honor detesta.
 Se embriaga el padre y á la par la esposa,
 El libertino y el anciano triste,
 El agorero y la doncella hermosa.
 Entre bailes y cantos de alegría,
 Resuena la algazara de las gentes

Que por las calles van como dementes
 Entre la confusion y gritería.
 Tambien de Baltasar el gran palacio
 Se agita alegre con festin ruidoso:
 El rey y sus mujeres y magnates,
 Todos ocupan un salon fastoso
 Que tiene vista al cristalino Eufrates.

El soberbio salon es un portento;
 Las paredes de estuco, están doradas,
 Y forman el grandioso pavimento
 Variadas losas de lucientes jaspes
 Cubiertos con asiáticas alfombras
 De los remotos climas del Hydaspes.
 Cien columnas blanquísimas de mármol
 Sostienen la magnífica techumbre;
 Lámparas de oro de labores bellas
 Todo lo animan con su viva lumbre:
 Ocupan las estatuas de los dioses
 Hermosos y brillantes pedestales,
 Y arden enfrente en pebeteros ricos
 Esquisitos aromas orientales.
 Entre las nubes de flotante incienso
 Que perfuma la sala reluciente,
 Se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
 Con régia pompa y con augusta calma,
 Como entre humildes y modestas flores
 Descuella al viento la soberbia palma.
 Cenaban recostados en tapices
 Tejidos por doncellas babilonias,
 Tapices de las grandes ceremonias
 En tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes insensata
 Hace alarde de pérsicos brocados,
 Túnicas blancas de sonante seda
 Y magníficos mantos de escarlata:
 En los cándidos piés llevan calzados
 Con blancas perlas y luciente plata,
 Y ciñen sus cabellos perfumados
 Ínfulas que les bajan por los lados.
 A la derecha están las concubinas
 Y mujeres del rey, blancas y bellas,
 Con túnicas de seda, recamadas
 De flores y de espléndidas estrellas.
 Mantos de un bello azul como los cielos
 Más brillantez les dan y más decoro;
 Airosas llevan trasparente velos,
 Ricos joyeles y sandalias de oro:
 Para más cautivar á los donceles,
 Sin atender al femenil recato,
 En las cáligas llevan por ornato
 Diamantes y ruidosos cascabeles.
 Adornaron, en fin, estas bellezas,
 Sus blancas manos y sus blancos cuellos
 Con esmeraldas y zafiros bellos,
 Y con mitras asirias las cabezas.
 El ropaje del rey vale un tesoro,
 Lleva en los hombros un soberbio manto
 De púrpura sidonia, y de amaranto
 Bordadas flores y granadas de oro.
 Ajusta su cintura roja zona
 Esmaltada de hermosa pedrería.
 Y en la alba frente espléndida corona
 Que por la última vez allí lucía.

Rica brillaba la purpúrea tinta
 En sus coturnos altos y elegantes,
 Bordados con asiáticos diamantes,
 Y ancho puñal obsérvase en la cinta.
 ¡Ay! que en medio de lágrimas y duelos,
 Esta noche los bárbaros soldados
 Hollarán con sus piés ensangrentados
 Corona y mantos, ínfulas y velos.
 Reina la calma en el salon hermoso,
 Sirvense en el festin ricos manjares
 Hechos venir de tierras muy lejanas,
 Y de las islas y remotos mares.
 Mas por instantes crece la alegría,
 El vino hierve en copas anchurosas;
 Beben los cortesanos á porfía,
 Bebe el monarca y beben sus esposas,
 Y empieza le confusa vocería.
 Los grandes vasos de licor ardiente
 De concubina en concubina pasan:
 A veces ruedan sin pudor los ojos,
 Ojos que en fuego criminal se abrasan;
 Juegan las risas en los lábios rojos,
 Se tornan las mejillas más hermosas,
 Hierve la sangre en las ardientes venas.
 ¡Ay de esas gentes frívolas y obscenas!

Entónces los escénicos cantores,
 Al compás de la cítara sonora,
 Entonaron con voz encantadora
 Coros dignos de aquéllos impostores.

CORO

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está más allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

CORO DE HOMBRES

Gloria, ¡oh rey! á los dioses sublimes
Que te dieron el trono caldeo!
Tus cadenas arrastra el hebreo,
El asirio y el árabe audaz.
Cuando escuchan tu nombre glorioso,
Se estremecen las grandes naciones,
Y al moverse tus fuertes legiones,
Se conturba del mundo la faz.

CORO DE MUJERES

Te prodiga el Oriente sus perlas,
Y la seda, y marfil y diamantes;
Embajadas de pueblos distantes
Te presentan el oro de Ofir.
Las doncellas hermosas del Asia
Te perfuman con suaves olores,
Y á tus plantas esparcen las flores
Que en tu obsequio derrama el Abril.

CORO DE HOMBRES

Sobre miles de muertos y heridos
Pase, ¡oh rey! tu volante carroza,
Y con ella quebranta y destroza
Al que osare irritar tu furor.
Y seguido de bravos guerreros
Domarás con tus grandes falanges
Desde el mar de Occidente hasta el Ganges,
Desde el Persa al Escita feroz.

CORO DE MUJERES

¡Qué veloces trascurren los años!
Pasan ¡ay! como nube en el viento,
Como el pájaro pasa violento,
Como pasan las olas del mar.
Goza, pues, de abundantes delicias,
Grato vino tus penas ahuyente:
Ciñe presto de rosas tu frente,
Que así deben en pompa ostentar.

CORO

¿Quién volvió de la tumba temida
A decir lo que está mas allá?
Disfrutemos por hoy de la vida,
¿Quién el sol de mañana verá?

—« Que traigan, dijo el rey, los bellos vasos
De plata y oro, de valor inmenso,

Que en el templo sirvieron de Solima;
 Aquí tambien recibirán incienso,
 Y en nuestras manos superior estima. —
 El sacrilego rey los vasos toma
 Llenos del vino hirviente de Judea,
 Haciéndolos girar entre las gentes,
 Y en los semblantes la impiedad asoma
 En medio de risadas insolentes.
 Tocan los vasos manos desdeñosas,
 Manos impuras, para el mal resueltas,
 Bocas de concubinas desenvueltas,
 Bocas falaces y á la par hermosas.
 Alzóse Baltasar, y sus magnates
 Alzáronse tambien y sus esposas,
 Y elevando las copas venerandas,
 Hicieron libaciones execrandas
 A los dioses asirios y á las diosas.

Densas nubes cubrieron entretanto
 El espacioso cielo, y ya traspuesta
 La luna en Occidente, negra noche
 Cubrió la tierra con su oscuro manto.
 Tres veces el relámpago te alumbró,
 Orgullosa ciudad de los impuros,
 Y estalla el rayo fúlgido tres veces,
 Y tres al estallido te extremece
 Con palacios, con torres y con muros.
 A esta sazón los dedos de una mano
 Escriben misteriosos caracteres
 En la pared de aquel salón profano
 ¡Ay del rey, de los grandes y mujeres!
 Como el viajero en bárbaro desierto

Cuando ya va á pisar una serpiente,
 Al ver sus ojos como llama ardiente,
 Grita, dá un paso atrás y queda yerto:
 El rey así, con femeníl quebranto
 Al mirar la estupenda maravilla,
 Temblaba todo atónito de espanto
 Y se daba rodilla con rodilla.
 Horrible palidez cubre su rostro,
 Cubre el sudor su delicado cuello,
 El manto de los hombros abandona,
 Con el terror se eriza su cabello,
 Y rueda por el suelo su corona.
 Los aúlicos y grandes espantados
 Van y vienen y vagan aturcidos;
 En el vasto salón dan alaridos,
 Y arrastran en la alfombra los brocados.
 Cual las tímidas aves en bandadas
 Huyen á refugiarse en la arboleda
 Cuando del huracán van azotadas,
 Así las concubinas angustiadas
 Descuidando sus túnicas de seda,
 Huyen despavoridas y llorosas,
 Y abrazan á los dioses y á las diosas.
 Ya alzan las manos lánguidas al cielo,
 Ya trémulas se postran sollozando,
 Ó bien estampan con afecto blando
 Sus delicados lábios en el suelo.

Al mandato del rey entra en la sala
 El anciano Daniel, grave profeta,
 De blanca barba y de cabello blanco,
 Y con un cinto su sayal sujeta.

—« Tú que eres un varon prudente y sábio
 Y el hondo abismo ves de lo futuro;
 Por los dioses, esplíqueme tu lábio
 Los caracteres que presenta el muro.
 Saldrás de la humildad de tu retiro,
 Y libre quedarás del cautiverio;
 Yo te daré un collar de oro luciente,
 Te vestiré de púrpura de Tiro,
 Y príncipe serás en el imperio. » —
 Echando entónces fuego de sus ojos,
 El severo Daniel, de enojo lleno,
 Responde á Baltasar con voz de trueno:
 —« Delante de tus dioses impotentes
 Doblas ¡ ay! la sacrilega rodilla:
 La sangre de tus víctimas humea
 En los altares donde el oro brilla
 Y en los templos de Bel tu incienso ondea.
 Y para colmo de impiedad y orgullo,
 Con esta corte sin pudor y obscena
 Has profanado los sagrados vasos
 En esta horrible y execranda cena.
 Mas oye, ¡ oh Baltasar! las profecías
 Que oculta esa escritura formidable:
 De tu reino Jehová contó los días,
 Y término le puso inevitable.
 Pesó tu corazon en su balanza
 Y al encontrarlo de virtud vacío,
 Tronó su indignacion, como en estío
 Truena la nube cuando el rayo lanza.
 Babilonia y tu imperio floreciente
 Serán presa de manos extranjeras,
 Y mañana entre sangre y entre hogueras

Dando alaridos vagará tu gente:
 ¡ Ay ciudad infeliz de las rameras!
 Derrotadas tus bárbaras legiones
 En medio del furor de los combates,
 Se llevarán las olas del Eufrates
 Hombres, caballos, armas y morriones.
 Espada contra el pueblo y los tiranos,
 Espada contra magos y hechiceras,
 Fuego voraz contra tus dioses vanos,
 Contra templos y torres y trincheras.
 ¡ Ay ciudad infeliz de las rameras!
 Luto se vestirán tus concubinas,
 Luto tambien tus sátrapas cautivos,
 Y llorarán tus príncipes altivos
 De Babilonia en las soberbias ruinas.
 De esta sala y palacio tan brillantes
 Quedarán los escombros y cimientos,
 Y en sus despedazados pavimentos
 Se arrastrarán las víboras errantes.
 Aquí, entre espinas y entre musgos pardos,
 Cantará triste el pájaro nocturno,
 Y rugirán los tigres y leopardos;
 Y crecerán los solitarios cardos
 Donde apoyas tu espléndido coturno. » —

Dijo Daniel, y el príncipe altanero
 Le cumplió la magnífica promesa;
 Mas esa misma noche le atraviesa
 El régio pecho vengador acero.
 Acabaron del rey las alegrías:
 En sangre está su túnica empapada,
 Túnica rica que su madre amada

Bordó contenta en venturosos días.
 Cayó el monarca, y levantarse quiere
 Buscando ansioso al hijo más querido,
 Y al verlo prisionero, da un gemido,
 Se le saltan las lágrimas, y muere.

BONAPARTE

BONAPARTE

Sentado Bonaparte en una altura
 En la orilla del mar de Santa Elena,
 Al triste rayo de la luna llena
 Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
 Las turbulencias de' sangriento Sena,
 El Tabor, las Pirámides y Jena,
 Y de César-Augusta la bravura.

— « Ved, exclamó, las palmas de Marengo,
 » Los campos de Austerlitz de sangre rojos
 » Donde las rusas águilas contengo.

» De la Europa me siento en los despojos;
 » Más de tanto triunfar ¿qué premio tengo?
 » Las lágrimas que ruedan de mis ojos. »

Caballero (Manuel)

LA PLEGARIA DE UNA VIRGEN

I

Ayer en el silencio de la noche
 Solemne, majestuoso,
 Al pálido fulgor de la alta luna
 Enfrente á tu ventana estuve solo.

¡Qué tropel de fantasmas sonrosados
 Mi cerebro ardoroso
 Volar sentía en dirección del cielo
 De mis suspiros impelido al soplo!

Del cristal de tu alcoba, desprendido
 Un rayo tembloroso,
 Que estabas allí tú me revelaba.....
 ¿Pensando en que te quiero?... yo lo ignoro!

¡Qué tristes confianzas, vida mía,
Hice con mis sollozos
De la luz de tu alcoba al mensajero
Que compasivo me besaba el rostro!...

¿Te tradujo mis quejas?... no lo supe;
Pero escuché de pronto,
Rasgando de la atmósfera el silencio,
Que tu piano gemía melancólico.

Plegaria de una virgen, elevaba
Sollozante, medroso,
Su rezo de armonías, levantando
Del mismo Dios el invisible sólio.

Plegaria virginal... ¿Qué suspiraban
Tus acordes armónicos?
¿Qué contabas al cielo con tus notas?
¿Qué hablaba tu lenguaje de sollozos?

¿Por quién rogaba á Dios aquella virgen
De su alcoba en el fondo?
¿Qué sufrimientos revelaba al cielo?
¿Qué historia de pesares misteriosos?.....

II

Cuando el piano calló, sentí nublados
Por el llanto mis ojos;
Estaba enagenado y hácia el cielo
Vueltos tenía el corazon y el rostro.

De mi éxtasis al fin, ecos divinos
De un canto misterioso
Allá por los espacios se perdian
Del abismo azulado en lo más hondo.

Era tal vez de alados serafines
Un grupo esplendoroso,
Que por el éter hasta Dios llevaba
Tu armónica plegaria de sollozos!.....

Cuando el piano calló, sentí nublados
Por el llanto mis ojos;
Estaba enagenado y hácia el cielo
Vueltos tenía el corazon y el rostro.

¡MIEDO!

Mil veces he intentado
Decirte que te quiero,
Mas la ardorosa confesion, mi vida,
Se ha vuelto de los lábios á mi pecho.

¿Por qué, niña? lo ignoro,
¿Por qué? yo no lo entiendo;
Son blandas tu sonrisa y tu mirada,
Dulce es tu voz, y al escucharla tiemblo.

Ni al verte estoy tranquilo,
Ni al hablarte sereno,
Busco frases de amor y no las hallo,
No se si he de ofenderte y tengo miedo.

Callando, pues, me vivo
Y amándote en silencio,
Sin que jamás en tus dormidos ojos
Sorprenda de pasion algun destello.

Díme si me comprendes,
Si amarte no merezco,
Dí si una imágen en el alma llevas.....
Mas no... no me lo digas... tengo miedo!

Pero si el lábio calla,
Con frases de los cielos
Deja, mi vida, que tus ojos digan
A mis húmedos ojos... *ya os entiendo.*

Deja escapar del alma
Los rítmicos acentos
De esa vaga armonía, cuyas notas
Tienen tan sólo el corazon por eco.

Deja al que va cruzando
Por áspero sendero,
Que si no halla la luz de la ventura,
Tenga la luz de la esperanza al ménos.

Callemos en buen hora
Pues que al hablarte tiemblo,
Mas deja que las almas, uno á uno,
Se cuenten con los ojos sus secretos.

Dejemos que se digan
En ráfagas de fuego
Confidencias que escuche el infinito,
Frases mudas de encanto y de misterio.

Dejemos, si lo quieren,
Que estallen en un beso,

Beso puro que engendren las miradas
Y suba sin rumor hasta los cielos.

Dime así, que me entiendes,
Que sientes lo que siento,
Que es el porvenir de luz y flores
Y que tan bello porvenir es nuestro.

Dí que verme á tus plantas
Es de tu vida el sueño,
Dime así cuanto quieras... cuanto quieras...
De que me hables así... no tengo miedo.

Colina (Rafael B. de la)

LA ROSA

A LA SEÑORA DOÑA ROSA MARIN DE ROMERO VARGAS

I

Allá del mundo en la remota infancia,
Más blanca que la pálida azucena,
Modesta y sin fragancia,
Nació la rosa de hermosura llena.
Envidiosas las flores la veían
Ostentar de sus hojas la blancura,
Y entre risas y lágrimas decían:
—«¿De qué sirve á la rosa su hermosura,
Si el cielo le negó vivos colores
Y á la brisa no halaga con olores?»—